

Más allá de la competitividad, la vida como exigencia

Diego Andrés Casallas Herrera*

El actual ritmo de las relaciones sociales (relaciones de producción, relaciones interpersonales, relaciones íntimas etc.) nos obliga a que las acciones que realizamos a diario no merezcan mayor punto de reflexión. Nuestra cotidianidad es tan efímera, tan fugaz, que no nos da tiempo para la introspección, que no nos permite cuestionarla y quizás como producto de esto, la cotidianidad no marca nuestra memoria.

Una de las lógicas por medio de las cuales se mueve nuestra cotidianidad es la lógica de la competitividad. Pensamos siempre en ser los mejores, en que nuestras acciones sean dignas de ser nombradas. Pensamos constantemente en la mejor forma de conseguir nuestros sueños y objetivos, porque esto, en el fondo, nos permitirá alcanzar la gloria o el éxito que desde

* Estudiante de séptimo semestre de Filosofía de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Externado de Colombia. Correo-e: [diego.casallas@est.uexternado.edu.co].



Además de la competitividad
Ilustrador: Andrés Torres Sirin

chicos nos han enseñado a perseguir. Perseguir un objetivo no es tarea fácil; ser competitivos tampoco lo es. El ser competitivos nos obliga siempre a no conformarnos con poco, nos obliga a darlo todo con tal de no vernos como fracasados. La competitividad nos lleva poco a poco a ser creativos, innovadores e ingeniosos, todo esto con miras a un solo objetivo: cumplir la meta que nos hemos trazado.

Al hablar de competitividad es importante la pregunta que dicta “¿contra quién compite?”. Siempre que se piense en competitividad se debe pensar en un alguien contra quien se compite, así ese alguien sea uno mismo. La anterior aclaración es importante por dos motivos. El primero de ellos es porque al competir contra otro (que no sea uno mismo), se crean dos espacios que ocuparán cada uno de los competidores al final de la competencia: uno obtendrá el puesto de vencedor y el otro será el vencido. El segundo motivo es que cuando se compite contra sí mismo, la idea anterior cambia superficialmente; en este caso no se ocupa el puesto de ganador y a la vez el de perdedor, sino que el objetivo de competir contra sí mismo es la autosuperación, el constante y continuo crecimiento. De ahí que sea importante en la competencia contra sí mismo “ser mejor hoy de lo que fui ayer y peor de lo que seré mañana”.

Sin embargo, hay algo que comparten los dos casos anteriores, y es la creencia de que el crecimiento y la mejoría se presentan de manera vertical y progresiva. La competencia es un camino con objetivos claros, pero que no tiene fin, puesto que al cumplirse un objetivo nace uno nuevo.

Para conseguir nuestros objetivos personales ponemos en juego no solo nuestra actitud, sino también nuestra

voluntad; nos pensamos a nosotros mismos como los motores que nos llevarán a conseguir los objetivos que deseamos. Nuestra voluntad crece conforme nos acercamos a nuestros objetivos, y es un error que nuestra voluntad desfallezca. En algunos casos, la misma competencia nos obliga a cambiar de objetivos, pero esto no quiere decir que el compromiso o la voluntad deban desfallecer, simplemente deben tomar un nuevo aire. La voluntad del competidor no es una voluntad que deba desfallecer, no es una voluntad que deba retroceder, todo lo contrario, es una voluntad que debe crecer, y que cuando no pueda hacerlo, por lo menos debe tender a conservarse en su estado. Un competidor no entiende de conformismos, no entiende la frase “tú no puedes”, un competidor no olvida que un elemento importante en la vida es el éxito.

La competencia saca cosas importantes de nosotros. En algunos casos muestra lo mejor de nosotros mismos, nos permite salir de crisis, nos plantea objetivos y metas que al cumplirse generan satisfacción. El ser competitivos nos da una escala de medición para saber qué tanto hemos progresado con respecto a un anterior estado y nos dice en qué aspectos aún debemos mejorar. Un elemento muy importante dentro de la competitividad es su lógica de autosostenimiento, entendiendo este concepto como

aquella capacidad de perpetuarse a sí misma. Esto se debe a que la persona competitiva no descansa con lograr un objetivo, sino que, como lo dije, cumple un objetivo y se plantea rápidamente uno nuevo.

Hasta ahora he descrito lo que entiendo por competitividad así como también he descrito algunos aspectos importantes de esta: cuál es su definición, a qué sujetos afecta, cuál es su lógica de funcionamiento; finalmente he descrito algunas de las consecuencias que arroja el hecho de ser competitivo. Sin embargo, considero que la competitividad no es más que un espejismo en el cual se esconden lógicas como el individualismo, la rivalidad y la celeridad por medir y comparar aspectos de la vida que no se pueden comparar ni mucho menos medir.

Considero que en nuestra cotidianidad, y en general en muchos aspectos de nuestra vida, la competitividad es irrelevante, pero no por esto estoy olvidando que hay aspectos en los que la competitividad es esencial, por ejemplo, en las prácticas deportivas. Simplemente lo que intento expresar es que pensar en nuestra vida como un camino lleno de objetivos y metas que hay que cumplir porque eso nos dará el éxito o la gloria que anhelamos no es más que un espejismo que no nos permite gozar de la sensibilidad misma que la vida nos exige. Si hay una exigencia que cumplirle a la

vida no es la de cumplir objetivos y trazar unos nuevos, es la exigencia de sentir que estamos vivos.

Mi propuesta consiste en renunciar a la competitividad en muchos aspectos de la vida cotidiana para simplemente gozar la sensibilidad de la vida, para simplemente cumplir con la exigencia que supone el estar vivos. Pensar en dejar huella con nuestro nombre no es más que un delirio de grandeza que quizás tenga algo que ver con los análisis freudianos. Pensar en ser los mejores solo es desconocer las habilidades de los demás. Pensar en ser superiores no es más que dividir el mundo entre superiores e inferiores y es, a su vez, olvidar que el mundo se encuentra lleno de personas diferentes y a la vez inclasificables.

Dije que la competencia nos obliga a preguntarnos por esos otros contra quienes competimos. Ahora me propongo analizar qué deja la competencia en las personas que compiten. El vencedor muchas veces genera odios en los vencidos y, a su vez, en sí mismo genera un deseo exorbitado de continuar compitiendo (seguir generando odios). El derrotado cultiva odios y en sí mismo engendra decepción y frustración. Pero aquel que no compete, sino que amplía el campo de sus relaciones sociales y que simplemente recorre su vida sin perseguir objetivos concretos, consigue librarse de engendrar odios, de sufrir de delirios de

grandeza y simplemente siente con la intensidad necesaria.

No se me olvida que también se compete contra sí mismo. En este aspecto considero que pensar en la autosuperación maneja dos ideas erróneas. Por un lado, la creencia de que hay aspectos en la vida que son lineales y progresivos, y esto es una gran mentira: nada crece para siempre. Por otro lado, la idea de hacernos constantemente mejores no es más que una manera insipiente de rendirse culto a sí mismo. La autosuperación no es más que un goce exacerbado de sí mismo.

La competitividad además esconde una lógica de individualidad. La competitividad tiene la incapacidad de concebir al otro como un apoyo más para mi desarrollo personal o como alguien cuyo desarrollo personal puede nutrirme. La lógica de competitividad hace que se observe al otro como aquel al que hay que derrotar, y esto aplica tanto en el caso en que se es competitivo individualmente como cuando se es competitivo grupalmente. La competencia colectiva, al igual que la individual, tiene claramente señalado al otro, pues ese contra el que se compete, es a ese al que se quiere derrotar y con quien hay que ser más resguardado, pues él también desea derrotarnos.

Mi propuesta de alejarnos de la competitividad y de observar la vida como

un infinito camino con infinitas posibilidades, en la que es más importante el trayecto mismo que el fin, sugiere no mirar al otro como alguien al que hay que derrotar, sino todo lo contrario, verlo como alguien que puede nutrirme de maneras desconocidas. El otro encierra una historia y unos conocimientos que la idea de competitividad no permite valorar. Cuando un individuo se aleja de la idea de competitividad y se centra más en relacionarse y en expandir sus horizontes de relaciones personales, lo que va a encontrar en el otro no es al otro al que hay que derrotar, sino a un otro con el que el desarrollo puede compartirse.

Lo anterior implica, a su vez, abandonar la idea de una voluntad que se mantiene a sí misma, que crece y se conserva. Lo que propongo es una *voluntad menguante*, una voluntad que no tenga delirios de grandeza y que su recorrido no sea únicamente vertical. Propongo una voluntad que mengüe, cambiante y fluida, que no olvide que la importancia de una voluntad no es el crecimiento, sino el movimiento mismo. Un sujeto no competitivo no olvida que una voluntad que ejerce un mayor control no necesariamente ofrece una mayor libertad. Un sujeto con una *voluntad menguante* no es un sujeto cuyo crecimiento sea constante y vertical; como ya lo he dicho, eso no es más que un error. Un sujeto con una *voluntad menguante* se mueve horizontal y ver-

ticamente, porque su objetivo no es alcanzar metas, sino el moverse y ampliar el campo de sus relaciones. Un sujeto con una *voluntad menguante* no olvida que tener voluntad es ante todo ser actividad, no pasividad. La voluntad debe alimentarse de las experiencias de la vida, no volver las experiencias y la vida en meros instrumentos para un fin.

Mi propuesta de alejarnos de una lógica competitiva no implica olvidarnos de la importancia de luchar por lo que se anhela, todo lo contrario, supone reconocer que luchar por lo que se quiere es algo propio del ser

humano, pero reconoce que la forma de luchar no es necesariamente a través de la competencia. Alejarnos de la idea de competitividad involucra, a su vez, una atención centrada en el *aquí* y el *ahora*, puesto que es ahí donde se desenvuelve con mayor naturalidad la que denomino como *voluntad menguante*. Prestar más atención al *aquí* y al *ahora* supone finalmente reconocer la vida como la única exigencia que tenemos los seres humanos, implica a su vez reflexionar sobre nuestra cotidianidad y cuestionar nuestro actuar, lo anterior como un intento de que lo cotidiano marque nuestra memoria.